

Manuel Moreno Barrancos

OTRO CRIMEN DEL FRANQUISMO. Es cuestión de decir que en España son más frecuentes y seguramente más dramáticos y escalofriantes los crímenes silenciosos y ocultos, que se gestan y desarrollan en los antros policíacos, que los espectaculares. La cosa es clara; para los individuos que son juzgados con luz y taquígrafos, bajo la presencia de la prensa internacional, aun contando con los amañados del sumario, con la actuación de jurados pagados y la venalidad criminal de los jueces, toman ciertas providencias para evitar el escándalo. Es decir, los procesados que van a ser sentenciados públicamente, por lo general, no acostumbran a ser víctimas de malos tratos y torturas.

Ahora bien, no ocurre así cuando se trata de detenidos que, por ser innominados, los esbirros oficiales creen que pueden operar impunemente. Tanto es así, puede afirmarse, que la justicia que practica el régimen nazifascista español no sólo es la más convencional, arbitraria y podrida de las justicias que se practican, sino que, además, es la más sádica, morbosa y criminal que existe. Suman centenares y miles los seres humanos que entraron por su pie en las ergástulas autoritarias y que han salido en camilla o no se ha sabido jamás de ellos. Los procedimientos coactivos y de tortura que se emplean han sido ya divulgados por una copiosa literatura trazada por alguna de sus víctimas. Basta decir que recurren a todos los medios más salvajes para que el preso firme una declaración o suscriba lo que un polizón le dicte.

La víctima de este tipo de "justicia" ha sido un joven poeta de 27 años, en Jerez de la Frontera, lugar de donde es cacique máximo uno de los tipos más funestos: se trata de Pedro Domecq, el fabricante de productos alcohólicos a quien la monarquía le confirió el título de marqués por el hecho de embrutecer a los españoles con los licores que suministra. Precisamente aquí es donde fueron asesinados en las jornadas de 1936 los compañeros Vicente Ballester, Juan Oliva, María Silva y miles de antifranquistas más. Desde entonces el falangismo, patrocinado por este sujeto, viene ejerciendo por estos lares un poder despótico y vesánico que pone en claro el "suicidio" de Manuel Moreno Barrancos.

¿Cuál era la personalidad del que sufrió tan cruel suplicio? Poco se sabe de él. Por algún tiempo radicó en Francia y alternaba con anarquistas y otros grupos antifranquistas. Su afición a la poesía y a la literatura en general lo llevaron a escribir algo contra el régimen. Se dice si entre los papeles que le encontraron había una poesía que atacaba a Franco. Algunos de estos escritos estaban en poder del juez de primera instancia que debía instruirle el proceso, de lo cual puede deducirse que lo escrito por Moreno Barrancos pasó de mano en mano hasta que alguien decretó que fuese eliminado.

Es significativo que su detención no trascendiera al público por no darse la menor noticia. También se ignora el motivo de su vuelta a España. La explicación oficial fue bastante expedita:

"Se arrojó por el balcón al fondo de la galería."

Pero se da el caso que la familia de la víctima vivía alarmada por haberles comunicado días antes un empleado carcelario que:

"A ése no hay Dios que lo salve."

¿No dice nada a la conciencia universal esta propensión al suicidio de que adolecen los encartados en algún proceso por la dictadura española?

Para nosotros es evidente que el caso de Manuel Barrancos es un crimen más puesto a la cuenta de los mercenarios que rigen los destinos de España.